

María Teresa León, *Memoria de la Melancolía*, Madrid, Castalia, ed. Gregorio Torres Nebrera, 1998.

(Al inicio de la obra)

Todos son palabras y colores dentro de mí que ya no sé muy bien qué representan. Me asusta pensar que invento y no fue así, y lo que descubro el día de mi muerte lo veré de otro modo, justo en el instante de desvanecerme.

Puede que esté inventando o que pinte sin saberlo y con ansia un muro, como hacen los niños de las calles de Roma donde dejan manos sueltas o bocas o caras espantadas o mensajes de amor entre estrellas. Lo cierto es que todo lo que estoy escribiendo no tiene ni deseo de perfección ni de verdad. Lo que yo vi es el jardín cerrado de lo que yo sentí. A veces me da vergüenza no decir nada mejor o más, no gritar con rabia porque la ira se me quita como si de pronto la lluvia me lavase los recuerdos o alguien me dijera ¿Para qué la venganza?

Yo sé que se han escrito muchos libros sobre los años y reconciliables de España. La guerra dejó su historia cruda y descarnada. Las batallas se cuentan ya fríamente igual sucede con las diferencias políticas. Se han evitado las palabras tristes en los libros para dejar las heroicas. No sé si esta sequedad la encontraréis justa. Yo me siento aún colmada de angustia. Habréis de perdonarme, en los capítulos que hablo de la guerra y del destierro de los españoles, la reiteración de las palabras tristes. Sí, tal vez sean el síntoma de mi incapacidad como historiador. Pero no puedo disfrazarme. Ahí dejo únicamente mi participación en los hechos, lo que vi, lo que sentí, lo oí, todo pasado por una confusión de recuerdos. No he evitado, cuando lo creí necesario llamar pobre a mi España ni desgraciado a mi pueblo ni desamparados a los que padecieron persecución ni desesperados a los que sufrieron tantas enfermedades de abandono. Es mi pequeño ángulo visual de las cosas. Somos los que quedamos gentes devoradas por la pasión de la verdad. Sé que ya en el mundo apenas se nos oye. Siempre habrá quedado el eco, pues el único camino que no hemos hecho los desterrados de España es el de la resignación.

Pero feliz el pueblo que puede recuperarse tantas veces para sobrevivir. Es el orgullo del desdichado, lo sé. Tal vez pretendiéramos lo imposible, pero seguiremos andando hasta que todo se desvanezca o se ilumine.

Nos dirán que somos obstinados. Pero ¿quién se atrevería a hacer la crítica de los sentimientos que nos ayudaron a vivir? Tal vez yo no debería haber escrito este libro, pero escribir es mi enfermedad incurable. Puede que los españoles tengamos la pasión de la desdicha. Subimos descalzos por las piedras –“unos cayéndose y otros levantándose”- ¿Conseguiremos - o conseguirán los que nos siguen- llegar al lugar donde el aire libre suprime la cruz y el calvario?

(pp.69-70)

(Cita o lema al frente del libro)

Las cosas de los mortales todas pasan, si ellas no pasan somos nosotros los que pasamos.

Luciano de Samosata

Recuerdos del pasado, su infancia y la importancia de las voces

Desde niña, desde muy pequeña la habían zarandeado bien con aquel padre militar que se cansaba de todo y pedía un nuevo destino y estaba contento unos años y luego languidecía y se iba agriando. Niña de militar inadaptada siempre, no niña de provincia ni de ciudad pequeña con Catedral y obispado y segunda enseñanza... con amigas de paso y primaveras acercándose cada año a la niña, coloreándola, obligándola a crecer y a estirarse. La vida parecía hecha para acomodar los ojos a cosas nuevas: veraneos, parientes y luego a comparar: esto es mejor que lo otro. Aquí las nubes pasan más deprisa. Tonta es el viento. Llueve menos. Las iglesias se caen de feas no me gusta rezar. ¿Y los chicos?

(...)

Se han disuelto las imágenes, pero no las voces. La niña sigue oyendo frases enteras, están ahí las lamentaciones por el padre fiel, la lucha contra la polilla del rostro que va avanzando y se ve en los espejos, el grito de la ira, la disputa...¿No vayas! Voy. ¡Es peor! No puedo soportarlo. Todas lo hemos soportado. Yo no, imbécil.

Las voces solas se le han quedado dentro. Mejor no oírlas. Tapizarse los oídos, subirse las sábanas hasta los ojos, huir de aquello que amarató su vida. Por favor, cierra la puerta. No quiero oír mi infancia. ¡Qué lástima no haber sido retrato mudo como los de aquellas lejanas señoras con plumas de avestruz, que saludaban como los caballos de las carrozas en los desfiles que nos llevaban a contemplar! Álbum viejo, roto, deslucido, húmedo de lágrimas, lágrimas de errores castigados, palabras indiscretas y la mala fe que rodea a los niños para evitarles sufrimientos...dicen (pp..73-74)

Detrás de ese olor que daba el de mi madre heliotropo o violeta, o el de mi abuela, sándalo o madera orientales o el del mirador abierto sobre unos jardines y una iglesia y un hospital donde los oficiales del ejército convalecían. Era hermoso ver tanto cielo los días de tormenta, metidos los chicos en el cajón de agua que resbalaba el mirador, sentados, silenciosos, graves, casi viejos contemplando la era de las nubes y dentro de la almita una ligera dura sin de si nuestros pobres pecados pequeñitos no habían sido los desencadenadores de aquel zigzag de fuego que arrastraba un trueno en cada cola. Aquella imagen del misterio celeste con todo su complejo de culpa regresaba a ella cada vez que debía enfrentarse con la encarnizada batalla de las nubes los días de tormenta. (p.75)

Todo (los recuerdos) sumergido en pequeños fragmentos que a veces no fraguaban bien. Únicamente los sonidos regresaban a ella: voces palabras murmullos, acentos, músicas. Cuánto ruido guarda la memoria. Más que imágenes. Las imágenes se le han desordenado, encimándose unas a otras. Cambia los nombres, los acontecimientos, las fechas... no tiene juicio sobre nada de lo que ocurrió, solamente una gran piedad. No le gusta sentirla, ni que se le llenen los ojos de lágrimas....

Había llegado a la ciudad (Burgos) decidida a besar las fachadas... Años y años sin hacerlo. Años y años sintiéndose expulsada, rechazada, herida por los aleros y los balcones y los filos de las puertas y las calles asfaltadas nunca suyas y siempre oyéndola y todo siempre huyéndola... Se le había caído el alma, la había perdido, la encontró diseminada y rota. Recogerla no era cosa de minutos ni de horas ni de vida... Se llenó de bilis hasta el borde. Ya tenía bastante con eso de la compasión o de la piedad. No quería que nadie le tuviese lástima. ¿ Por qué no se acababa todo, se olvidaba, se abrían las puertas, se rayaban las fechas históricas con un lápiz definitivo como en su colegio, igual que se pasa de una lección a otra? El último grano de la tierra española se le

había caído de los zapatos. Ya no conservaba nada, ni el largo pelo Rubio ni los ojos brillando en la libertad de la tarde ni las calles ni aquellas casas en donde te respondían al llamar: adelante, ni la ciudad resbalaba por dentro ni el contorno de una geografía... ¡El último granito de la tierra! Poco a poco las imágenes de su memoria se le volverían huidizas, blandas. Memoria para el olvido, por favor. No me dejen ante una ventana extranjera mirando (...) Durante años, únicamente sus amigos judíos comprendieron su soledad y hubo un momento en que creyó podría fabricarse un mundo de esperanza, teja a teja. Luego...

Luego sintió que la expulsaban de la sociedad como un objeto maligno debajo de la piel de los muy sentados (....) Una patria, Señor, una patria pequeña como un patio o como una grieta en un muro muy sólido. Una patria para reemplazar a la que me arrancaron del alma de un solo tirón. (...) Dejé en el suelo mi cansancio y me senté. ¡Una patria! Agarré la mano siempre amada. Temblaba un poco. Nos quedamos mirándonos. Y nada más (p.79-81)

Doy un golpe seco sobre mi corazón y todo enmudece. Entonces no sé si es la mano o el corazón lo que me duele o si los que me miran se ríen al comprender lo que yo no comprendo de mí misma. Han pasado gentes, ríos, tiempos, mares, lluvias y soles sobre mí. Me asusta mirarme a los espejos porque ya no veo nada en mis pupilas y, si oigo, no sé lo que me cuentan y no sé por qué ponen tanta insistencia en reactivarme la memoria. Pero sufro por olvidar y cuando se me despeja el cielo o me abren la ventana, siento que me empujan hacia adelante, hacia la pena, hacia la muerte. Entonces prefiero ir hacia lo que fue y hablo, hablo con el poco sentido del recuerdo, con las fallas, las caídas, los tropiezos inevitables del espejo de la memoria. (p.83)

Estoy cansada de no saber dónde morirme. Esa es la mayor tristeza del emigrado. ¿Qué tenemos nosotros que ver con los cementerios de los países donde vivimos? Habría que hacer tantas presentaciones de los otros muertos, que no acabaríamos nunca. Estoy cansada de hilarme hacia la muerte. Y sin embargo, ¿tenemos derecho a morir sin concluir la historia que empezamos? ¿Cuántas veces hemos repetido las mismas palabras, aceptando la esperanza, llamándola, suplicándola para que no nos abandonase?

Porque todos los desterrados de España tenemos los ojos abiertos a los sueños. León Felipe aseguró que nos habíamos llevado la canción en los labios secos y fruncidos callados y tristes. Yo creo que nos hemos llevado la ley que hace al hombre vivir en común la ley de la vida diaria hermosa verdad transitoria. (...)

Nosotros somos aquellos que miraron sus pensamiento uno por uno durante 30 años. Durante 30 años suspiramos por nuestro paraíso perdido, un paraíso nuestro, único, especial. Un paraíso de casas rotas y techos desplomados. Un paraíso de calles deshechas, de muertos sin enterrar. Un paraíso de muros derruidos, de torres caídas y campos devastados. Un paraíso donde quedó la muchacha, el muchacho, la sonrisa, la canción, la flor, el amor, la juventud, los ojos, los labios tensos para besar, la mano amiga en la mano, los dedos entre el pelo, la gracia, la palabra, la camaradería, la promesa, el gesto el aliento todo todo, todo... Nada tenemos que ver nosotros con las imágenes que nos muestran de España ni el cuento nuevo que nos cuentan (...) Nosotros somos los desterrados de España, los que buscamos la sombra, la silueta, el ruido de los pasos del silencio, las voces perdidas. Nuestro paraíso no es de árboles ni de flores permanentemente coloreados. Dejados las ruinas. Debemos comenzar desde las ruinas. Llegaremos. Regresaremos con la ley, os enseñaremos las palabras enterradas bajo los edificios demasiado grandes de las ciudades que ya no son las nuestras. Nuestro paraíso, el que defendimos, está debajo de las apariencias actuales. También

es

el

vuestro.

(p.97-98)

Su casa de Marqués de Urquijo

Ya nuestra casa era la de la amistad, la casa donde todos tenían asiento. Era grande la casa de la calle Marqués de Urquijo. Una terraza que miraba a las montañas y, a sus pies, el templete de la música y un puesto de horchata. Aquel paseo era como el de cualquier ciudad. Se llamaba Rosales. En aquel paseo se había decidido mi vida. ¿Por qué paseamos juntos, nada más conocernos, bajo la noche dulce, propicia a los amantes? No lo sabe la muchacha aquella que había regresado a casa de sus padres después de un matrimonio frustrado. Nunca se explicó por qué sus ojos se detuvieron en los del muchacho. ¡Estaba tan cansada! Le dolían las córneas, no podía seguir mirando a gentes que no le interesaban y su relación con el mundo era misteriosamente oscura. Comenzó escuchando. El muchacho leía una obra de teatro donde contaba un milagro. Una santa, hija de moros llevaba pan a los cautivos cristianos (se refiere a la obra de Alberti, *Santa Casilda*, 1930). (pp.99-100)

La historia de *Niebla* (su perro) es como la nuestra. Siguió nuestro lado. Cuando sonó el primer tiro el día 18 de julio de 1936, nosotros estábamos en la isla de Ibiza. Dijeron por Madrid que los franquistas nos habían fusilado en la isla. Mi madre, angustiada y sin noticias regaló la *Niebla* a un basurero. El perro debía hablarle continuamente de nosotros (...)

Niebla es la guerra... Más tarde la *Niebla* vio de cerca la guerra. La artillería zumbaba a lo lejos y el Palacio del Pardo recibía al Estado Mayor de las Brigadas Internacionales. Allí fuimos a vivir. (...) Luego...Luego era tan difícil comer...Se la llevaron lejos de la ciudad sitiada, hacia el mar. (p.102)

Casa de Roma

Llaman a la puerta de esta casa nuestra de Roma personas que son como sueños que regresan ¿Tú? y nos quedamos entrecortados porque es como si mirásemos detenido el reloj del tiempo, nuestro propio reloj. Llaman a nuestra casa muchos seres que son como reflejos, como luces. Los vemos por vez primera, pero son ya conocidos nuestros, gentes de España, y entonces nos quedamos sujetos a sus ojos para descubrir en ellos lo que pasó con aquella fuente o con la placita o con la fachada plateresca de la Iglesia o si está en pie la tapia que no se acababa nunca (...) ¡Ay! Aquella mujer joven que cruzó la calle de Alcalá del brazo de un poeta hoy hace además a los recién llegados para que se sienten. Le cuesta siempre darse cuenta de que vive en la calle del destierro y mira y habla como entonces, con Rafael junto a ella, creyendo que es entonces y han distribuido mal los papeles y le han dado por equivocación el de la vieja. Quisiera preguntarles. No consigue unir las dos partes de su corazón. Unas palabras que dicen los recién venidos la alejan, otras la aproximan a los lugares que se le desvanecen. ¿Existe el río, el trencito de la Sierra? ¿Pueden las manos hundirse en las mentas como entonces? ¿Entonces? Ella abrió la puerta y él estaba allí. Estaba sentado en el escaloncillo de la casa el muchacho aquel que había leído en casa de sus amigas aquella comedia, sí, el joven poeta interesado en Santa Casilda para que el pobre pan cotidiano de los pobres se convirtiese en rosas (...)

Me corre el alma una melancolía indefinible (p.103-104)

Guerrillas del Teatro

Si algo estoy encadenada es al grupo que se llamó Guerrillas del teatro del Ejército del Centro". Lo hicimos derivar de una gran compañía de teatro con sus coros su cuerpo de baile sus ambiciones casi desmedidas capaz de representar *La destrucción de Numancia* de Cervantes bajo un techo bombardeado del Madrid que se mordía los dedos de rabia. El pequeño grupo que se llamó "Guerrillas del Teatro" obedecía a las circunstancias de la guerra. Fue nuestra guerra pequeña. (p.112)

Memoria y melancolía

La memoria puede tener los ojos indulgentes. Ya no llegan a nosotros los ruidos vivos sino los muertos. Memoria del olvido escribió Emilio Prados, memoria melancólica, a medio apagar, memoria de la melancolía. No sé quién solía decir en mi casa: hay que tener recuerdos. Vivir no es tan importante como recordar. Lo espantoso era no tener nada que recordar, dejando detrás de sí una cinta sin señales. Pero qué horrible es que los recuerdos se precipiten sobre ti y te obliguen a mirarlo y te muerdan y se revuelquen sobre tus entrañas, que es el lugar de la memoria.

A la memoria del sonido sigue la de los olores, la del tacto. Se mezclan para no tener piedad de nosotros. Te arrastran otra vez hacia el lugar donde fuiste testigo, por ejemplo, de las explosiones y de los incendios. (p.130).

Alberti y ella

Cuando regresamos de Ibiza, aquel agosto de 1936, encontramos la puerta de nuestra casa de Marqués de Urquijo 45 cruzada por una banda de papel donde se leía: Requisada para la contra guerra. ¿Qué era aquella broma? Rompimos el precinto y entramos. ¡Qué rabia nos dio! Todo estaba revuelto como cuando entraron los policías y detuvieron a mi madre. Los libros tirados, las plantas secas, las camas volcadas... Empezamos a hacer inventario de lo que faltaba. ¡Qué inteligentes habían sido! Hasta los libros dedicados se llevaron. Como soy impulsiva me tercié el mantón y me fui a la calle Miguel Ángel donde estaba el comité anarquista. No recuerdo hoy el nombre de un amigo de la dirección que conocíamos. Estaba allí y salió. Cuando le conté lo ocurrido meneó la cabeza: "Son esos muchachos, esos muchachos" (...) Yo por preguntar algo les dije: ¿por qué habéis cambiado el nombre de esta calle que era tan bonito? Uno de ellos me contestó, dulcemente: porque no queremos nada con los Santos" si les hubiese escuchado Miguel Ángel (p.139).

Ahora, cuando me veo junto a Rafael, me hace gracia pensar que entró en mí por tradición oral en forma de estribillo apoyándome en él sin conocerlo sin saber qué había escrito marinero en tierra y menos que era del puerto de Santa María y mucho, mucho menos, que hace hoy 37 años que en nuestras huellas por el mundo van paralelas (p.140)

La influencia de Jimena y la familia Menéndez Pidal

Jimena era la síntesis de lo que un ser humano puede conseguir de su envoltura carnal. Algo mayor que yo, saliendo sola, yendo sin acompañante al colegio que no se llamaba colegio sino Institución Libre, colegio laico sin monjas reticentes que da la señal de levantarse o sentarse todas al unísono, con dos trocitos de manera de madera golpeados (...)

Algunos lugares se nos van alejando hacia el lugar donde melancólicamente se adormecen. Otros, como aquella casa de la calle Ventura Rodríguez donde me aguardaba Jimena, no se han adormecido nunca. Aprendí en ella que los libros pueden tapizar de sabiduría las paredes, que las yedras viven en el interior y van hacia los techos y que ha de contestarse a todas las preguntas para que las niñas puedan seguir creciendo y que todo el mundo puede comprenderse y admirarse. La abuela de aquella casa, siendo yo muy pequeña, me había enseñado la primera coquetería femenina (...) En aquella casa aprendí los primeros romances españoles. A veces sacábamos un viejo gramófono de cilindro. Allí escuchábamos las canciones recogidas por María Goyri Menéndez Pidal durante su viaje de novios, siguiendo la ruta del Cid a su destierro. Por primera vez oí la voz del pueblo. Por primera vez tomé en cuenta los inteligentes y a los sabios (pp.150-151).

Alberti y ella

La niña era niña de calle de ciudad y no se llevó dentro para consuelo de su madurez ningún pueblecito donde viviera su infancia entre vecinos ni con los oídos campanas catedralicias que luego ayudasen con su recuerdo a pasar los años. A veces siente envidia de Rafael Alberti con su Puerto de Santa María, sus veleros, sus campos de sal, sus recuerdillos de los toros acosados en las dehesas y los miedos que debió pasar al entrar donde los vinos andaluces se aristocratizan día a día en lo oscuro. La niña hubiera querido algo mejor que aquella calle del Buen Suceso de Madrid, frente a una iglesia tristonra y fea, mirando un hospital para militares atropellados por la enfermedad. Hubiera querido, como Rafael Alberti los tuvo, amigos de cualquier extracción social chiquillos de alpargatas a los que se les quiere tanto que se reparte con ellos la merienda (...)

Sí, abuela, me voy, sigo el viaje. He regresado para decírtelo: Rafael y yo no desuniremos nuestras manos jamás. Ya sé, ya sé. Adiós, abuela, adiós, madre. Ya no estoy sola, ya no me contesta el eco cuando hablo en voz alta. Empiezo, empiezo por mi cuenta y riesgo la vida. Nos vamos a Francia. Él es un poeta. ¿Lo conoces? Abuela, ¿me recibirás cuando regrese? Y mi abuela Rosario contestó: vuelve tú eres mi nieta. Esta casa es tu casa. Nada más (pp.166-167) (Este mismo texto se repite en la p.203)

Ambiente cultural en su casa

(Después de recordar otras casas en las que vivió)

Otra casa inolvidable miraba al parque del Oeste. Rafael y yo vivimos por poco tiempo en ella, pero su recuerdo trae el de don Miguel de Unamuno. ¡Cuánto le gustaba hablar! Un día llegó temprano ¿Quiere usted almorzar con nosotros, don Miguel? Claro, claro. Al terminar comenzó a leernos una de sus obras de teatro. ¡Qué maravillosa tarde (...)

Nos despedimos de él con el corazón desbordando. ¡Qué maravillosa juventud! Gracias don Miguel, hasta pronto, hasta pronto. Venga, venga siempre. sobre la mano nos había dejado, viva, una pajarita de papel.

Y vivimos en una azotea desde donde se veía el Guadarrama al abrir los ojos, al cerrarlos, siempre los montes, a veces iluminados de nieve. Era la calle del Marqués de Urquijo, con su templete al encontrarse con el paseo de Rosales, con sus acacias... Había sido antes el estudio de Zuloaga.

Nosotros llenamos la enorme terraza de flores. Cuántos amigos subieron a ella, desde Bergamín a Buñuel, a Serrano Plaja, a Petere... José Bergamín subió con su *Cruz y Raya* y nosotros los

recibimos con *Octubre*. Más tarde apareció Pablo Neruda con su *Caballo verde para la poesía*. Nosotros éramos los atrevidos que habíamos subtitulado activamente en nuestra revista Órgano de los Escritores y Artistas Revolucionarios. Todos los demás nos miraron con desconfianza. Vendíamos la revista por las calles. Algunos amigos, asombrados, dejaban en mi mano unas pesetas con el gesto de decir y para qué me va a servir esto, ¡locos! Sí, habíamos mirado las calles, los campos, las gentes de España. Llevábamos anudada a España la garganta. Habíamos aprendido a cantar en coro con otros hombres y mujeres los himnos (...)

La casa de la calle marqués de Urquijo se llenó de voces nuevas. España también voceaba con tonos políticos diferentes. Se iban las separaciones mientras a nosotros el viento del Guadarrama nos limpiaba los ojos (...)

A esa puerta llamó Pablo Neruda hoy conocíamos a Pablo Neruda solamente por carta. (...) Las cartas llegaban desde Java donde él era cónsul de Chile. Rafael había recibido en París el manuscrito de *Residencia en la tierra*. Nos había parecido extraordinario e hicimos lo imposible porque se publicase (...). Pablo nos tendió su mano amiga y nunca más desunimos las suyas de las nuestras (pp170-173)

Misiones Pedagógicas

La gente que había decidido “mejor que no sepan leer”, estaba muda. Los privilegiados iban a ser otros. Comenzaron a movilizarse “Las Misiones Pedagógicas”. Alejandro Casona y la Barraca, dirigida por Federico. En el trasfondo de la vida española había seres que se tenían que rescatar. Y por primera vez, eso que llamamos los intelectuales, subieron a los riscos donde desde hacía milenios se encaramaban los pueblos de pastores y alguien le extendía la mano y les decía palabras de comprensión humana. No era la revolución de su pobre vida la que les anunciaban, pero los ponían en contacto con el mundo ignorado de la civilización del siglo XX que se había desarrollado sin tocarlos. ¡Cómo se estremecieron ante el cine! Las fotografías de aquellas caras fascinadas al mirar por primera vez el prodigio, conmovieron hasta cortar la palabra a los doctos. (pp.196-197).

Viajes y descripciones

¡Las islas! han tenido mucha importancia siempre. Sobre todo cuando decidimos irnos porque aquel Madrid del año 1930 nos parecía poco íntimo, poco silencioso. Necesitábamos oírnos. Creo que susurrábamos, y al levantar un poco nuestras voces nos gustaba que no respondiese el eco. Huimos a una isla, hacia la isla venturosa. Nos acogió un puertecito: Sóller.

Fue el primer viaje del marinero en tierra por el mar. Luego, ¡hemos hecho tantos! Qué maravilla era el Sóller de entonces! ¿Cómo es ahora esa tierra vedada para nosotros? (...)

¡Cuánto mirábamos el mar, un mar diferente! Creo que no había visto nunca Rafael un mar de tantas transparencias, de tantas civilizaciones en el fondo, aunque llegase del Cádiz, fundado por Menesteos, hijo de Peteo, amigo de Ulises. Aquel era el mar embalsado y quieto y feliz sin los vientos atlánticos, libre de la duda: ¡habrá tierras más allá? Al fondo del agua se erizaban los erizos, las estrellas. ¡Dulce mar! ¡Dulces días! (pp.202-203).

Alberti y ella

Ahora yo soy la cola del cometa. Él va delante. Rafael no ha perdido nunca su luz. A veces, él cree que es eclipse y se enfada con sus pensamientos. Nuestras amigas Margot y María Carmen Portela, tan videntes y hermosas, dicen que entonces saca un peine del bolsillo y se peina.

Puede que sea de poetas del sentir más hondo cómo se detiene el aliento, cómo se corta y se retira, pero, casi sin transición se cruza su rabia con la impalpable poesía, salvándose (p.222)

La guerra y la salvación de obras de arte

Esa primera Navidad de guerra la pasamos en el Palacio del Pardo. Sí, en ese Palacio, hoy con otro destino entonces servía de cuartel general de las Brigadas Internacionales. Nos habían destinado una habitación de las muchas que, en filas y todas iguales, forman el Palacio. Ya no estaban los tapices hechos sobre los cartones de Goya. Los había recogido la Junta de Salvación del Tesoro artístico. Quedaban los candelabros y los relojes de las consolas. Yo lo recuerdo así. Por todas las salas, no muy grandes, espejos, relojes y candelabros. Todo era poco suntuoso. Más bien un Palacio de verano de cacería o habitación de príncipes (...)

La guerra se había vuelto una tarea seria pasándote los gritos desesperados de mando que nadie oía a la voz Serena de las órdenes en aquel Palacio estaban los que habían aprendido a mandar sin levantar la voz)

(La Nochebuena) Fue una noche alegre en la que se oscurece en mi memoria nostálgica y triste. Recuerdo la voz de Rafael (...)

Dieron las 12. Cantamos la Internacional. Cada cual en su idioma, decía así a las gentes cuyas lejanas el mensaje de la Navidad. Había nacido el Niño Jesús. Firmes y serios, aquellos jefes militares que venían a jugarse la vida por la causa más hermosa del mundo, la de la libertad de los pueblos, regresaban sin querer a su infancia, junto al fuego permanente, bajo el árbol protector, apretados en la falda de la madre frente al niño que dejaron atrás y que año a año el estómago de la mano todavía (...)

Hoy miro conmovida la fecha: 25 de julio de 1936. La República no perdió el tiempo en eso de defender el patrimonio común pues Franco se había sublevado el día 18 de ese mismo mes. Yo no fui a la Junta sino para lo que me habían dicho y, sin embargo, sobrecargados de trabajo como estaban, sus dirigentes me pidieron que fuera a ver lo que podía hacerse para trasladar a Madrid el tesoro de Toledo (...)

Y me mandaron a un lugar que no sé cuál era exactamente. En él estaban algunos hombres de buena voluntad ayudando a un gran especialista húngaro, Malonay. Claro que antes de verle vi el retrato del cardenal Tavera con la cabeza separada del tronco por un tijeretazo. ¿Y esto?, grité. Un miliciano que allí hacía la guarda con un fusil entre las piernas me aplaco mansamente: María Teresa, no te pongas así por un cura. Bajé los ojos. ¿Cómo podíamos nosotros reclamar respeto por el arte si nadie les había enseñado que existía esa palabra? Pregunté, bajando la voz, ¿sabes leer? Me contestó, riéndose: no he tenido tiempo, la siega es tan larga.

¡Toledo en guerra! (pp.300-312)

¿Puedo hablar de una orgullosa alegría? El espectáculo de nuestra pasión asombró a los intelectuales que llegaron en agosto de 1937 al Congreso de Escritores. Nuestra literatura de urgencia, graciosa, saltarina, oportuna, iba por plazas trincheras y pueblos animando a los combatientes. Camiones del Altavoz del Frente, de Cultura Popular, de la Alianza de Intelectuales, ¡cuánto rodaron llevando la buena nueva de la cultura para todos. José Bergamín en uno de los muchos aniversarios que ya hemos celebrado los desterrados de nuestro don

Antonio Machado, recordaba la felicidad que sentía el poeta al verse rodeado del respetuoso amor de su pueblo. (...)

Luego más tarde en Madrid en el momento en que el Quinto Regimiento prepara los intelectuales que una ley vivía en la retirada honrosa social hacia el Levante, vi otro Machado un hombre en pie ofreciendo sus brazos ya que sus piernas flaqueaban para la defensa de Madrid.

Por una circunstancia fortuita, el entonces presidente del Consejo don Francisco Largo Caballero me autorizó a retirar cuántos objetos o cuadros pudieran peligrar en El Escorial si éste tenía que ser defendido. Allá fuimos, primero con el archivero Antonio Moñino, y después con el escritor Serrano Plaja, nacido allí y educado en el monasterio. Fue fácil ponerse de acuerdo con el alcalde (...), y las autoridades acordaron el traslado a Madrid de algunos cuadros de las salas capitulares, entre ellos el casi milagroso cuadro del Greco *San Mauricio y la Legión tebana*. (...)

Desde el momento en que quedó decidida la defensa de Madrid, cada edificio podía convertirse en un fortín y, por lo tanto, ser bombardeado. El Palacio del duque de Alba, ardió; mi barrio de Argüelles ardió; la Puerta del Sol, el hospital de San Carlos, el mercado del Carmen... La noche del 16 de noviembre cayeron nueve bombas incendiarias sobre la techumbre del Museo del Prado, tres en los jardines. Bombas de gran calibre destruyeron el Hotel Savoy, situado en el Paseo del Prado, otra rompió una de las fuentes junto al Jardín Botánico, la tercera destruyó dos casas en la calle de Alarcón. Los aviadores enemigos se excusaban de su torpeza diciendo que no conocían Madrid. Claro, eran alemanes (...)

El Gobierno de la República, en vista de la r peligrosidad de aquellos días decisivos, da orden de evacuar el Museo del Prado y esa orden llega a mí, firmada como la anterior, por don Francisco Largo Caballero.

Jamás soñé entrar en el Museo del Prado bajando una escalerilla insospechada y, mucho menos, llevando en la mano un documento oficial autorizándome para empresa tan grande: trasladar a Valencia los cuadros del Museo del Prado. Una linterna iluminó nuestros pasos. Rafael se puso tan serio que sentí miedo al adivinar lo que pensaba. ¿Cómo vamos a poder cumplir lo que nos han ordenado? Entramos en un sotanillo, pasamos silenciosos entre cuadros vueltos del revés, unos sobre otros, bajados de las altas de las salas altas a un precario refugio. Arriba todo el Museo estaba en pie de guerra. Las ventanas habían sido protegidas por maderas y sacos terreros, la larga sala central era como una calle después de una batalla, la huella de los cuadros manchaba el de recuerdos melancólicos las paredes desnudas, hasta la luz que bajaba de las cristalerías rotas era funeralmente triste. Seguramente habían temblado de frío y de miedo los cuadros ilustres. Bombas, bombas sobre el Museo del Prado (p.339-353).

Exilio tras la derrota

¡Qué poca tierra nos quedaba y cuántos continentes íbamos a tener que caminar los españoles leales! Eran los últimos latidos del corazón de España. La traición del general Miaja, aquel que me había dicho en Madrid cuando la capital de España se defendía con los dientes: pero María Teresa, si son unos sinvergüenzas. ¡Mira que sublevarse estos canallas sin decirme nada a mí! las noticias eran angustiosas. ¿Cómo hacer una guerra civil dentro de otra guerra civil? Porque en Madrid se empezó a combatir calle a calle (...)

¡Noches últimas de España! Cuántas veces no hemos hablado de ellas. ¿Te acuerdas? Me decías (...) sí, sí recuerdo aquellos últimos días radiantes, cuando se iban desmoronando nuestros sueños (...) ¿Y recuerdas que salimos juntos de España en un avioncito pequeño y rojo? Sí, sí

miré los muros de la patria mía
si un tiempo fuertes, ya desmoronados.

(...) Al aterrizar en Orán, nuestro avión tenía la gasolina suficiente para no estrellarse en el suelo. Habíamos dejado atrás los azules de España, la blanca mancha de los pueblos levantinos y, sin embargo, cuántas cosas nos llevábamos en aquel dragón rojo y pequeñito que había levantado vuelo en un aeródromo improvisado ante cuatro amigos y un camarada estupendo a quien habíamos dado la orden de quedarse en España para salvar a quien pudiera (pp.361-363)

Contad vuestras angustias del destierro. No tengáis vergüenza. Todas las llevamos dentro. Puede que la fortuna os haya tendido la mano, pero ¿y hasta que eso sucedió? Contad vuestras noches sin sueño cuando ibais a empujados, cercados, muertos de angustia. Habéis pertenecido al mayor éxodo del siglo XX. Ha llegado el momento de no tener vergüenza de los piojos que sacábamos entre el pelo ni de la sarna que nos comía la piel ni de la avitaminosis que nos obligaba a rascarnos vergonzosos en el cine. Nos habían sacrificado. Éramos la España del vestido rojo y la cabeza alta. Nos rascábamos tres años de hambre y buscábamos una tabla para sobrevivir al naufragio. Contad cada uno el hallazgo de vuestra tabla y el naufragio (p.402)

Mujeres importantes de España

Diariamente enterramos muchas cosas. Estamos hechos de pequeñas muertes tanto como del tejido de los sueños. A veces llegan telegramas que precipitan hasta el fondo de nosotros imágenes que no podemos sujetar. Una vez llegó uno que estaba perdido entre otros muchos de los que mandan las agencias telegráficas: *Zenobia Camprubí de Jiménez ha muerto en San Juan de Puerto Rico*. Zenobia Camprubí acaba de recibir el Premio Nobel. Me diréis: no, estás confundida, el Premio Nobel fue para Juan Ramón. Pero yo contestaré: ¿Y sin Zenobia hubiera habido premio? Y abriría una interrogación grande como sus vidas. (...)

Si Juan Ramón era el hilo tejedor de la más alta poesía española, si era el padre de la generación estupenda que nació después del año 1920, en España, Zenobia era para Juan Ramón la urdimbre. En su fuerza segura se trenzaba la existencia diaria de Juan Ramón. Dentro de mi juventud han quedado algunos nombres de mujer: María de Maeztu, María Goyri, María Martínez Sierra, María Baeza, Zenobia Camprubí... y hasta una delgadísima pavesa inteligente sentada en su salón: Doña Blanca de los Ríos. Y otra veterana de la novelística: Concha Espina. Y más a lo lejos, casi fundida en los primeros recuerdos, el ancho rostro de vivaces ojillos arrugados de la condesa de Pardo Bazán... ¡Mujeres de España! Creo que se movían por Madrid sin mucha conexión, sin formar un frente de batalla, salvo algunos lances feminísticos, casi siempre tomados a broma por los imprudentes. Ya había nacido la Residencia de Señoritas dirigida por María de Maeztu e inaugurado El Instituto Escuela sus clases mixtas, hasta poner los pelos de punta a los reaccionarios mojigatos. Pero las mujeres no encontraron un centro de reunión hasta que pare apareció el Lyceum Club (ppz.513-514).

Recuerdos de Argentina desde Roma

Si quieres vivir libremente, nos ha dicho José Bergamín, procura vivir encadenado. Y encadenada vivo a los recuerdos abusando de la paciencia de los que me escuchan. Ayer añadí a los muchos un recuerdo más. En la iglesia de San Dámaso, en el Palacio de la Cancillería de Roma, cantó ayer el Coro Polifónico de Santa Fe (Argentina). Y la Argentina regresó inundándonos el alma porque, de pronto, se levantó hacia los techos dorados un zureo que convirtió todo en aire libre. Las

palomas - la Paloma- volaba. Sí, esa Paloma que se nos quedó sobre los hombros como un símbolo. Zureaba la Paloma equivocándose, tratando de elegir entre el sur y el norte, entre la noche y el día, entre la blusa y la falda, entre las estrellas y el rocío, entre el calor y la nevada... creyendo que tu corazón era su casa... Zureaba la Paloma la canción de las equivocaciones y las voces argentinas conquistaban al público, rindiéndolo en una ovación. Abrazos y emociones. Claro que el más emocionado era Rafael (pp.542-543).